

ZACHARY D. CARTER, *El precio de la paz, democracia y la vida de John Maynard Keynes*, trad. de Francisco J. Ramos Mena, Paidós, Barcelona, 2021, 680 pp. ISBN: 978-84-493-3815-1

1. DE NUEVO KEYNES: BLOOMSBURY CONTRA WALL STREET. Después de la biografía de R. Skidelski, que yo mismo reseñé en estas páginas, podía parecer que poco más se podía decir, en mucho tiempo al menos, acerca de la aportación de un estudio biográfico a la comprensión del pensamiento de Keynes. A nadie se le escapa, con todo, que tras la adscripción al género puedan ocultarse cosas muy distintas y, sobre todo, de muy diferente grado de seriedad y calidad. Y espero no complicar más las cosas si digo que llegué a Keynes desde Bloomsbury. Hecho este que no creo se tenga demasiado en cuenta en las facultades y departamentos de economía, ni siquiera que no se utilice ocasionalmente como otro de los motivos a añadir en un rechazo mayoritario —que no obstante hace pocos años parecía absoluto— que hoy parece recaer sobre aquel que —casi como premio de consolación— a veces suele tenerse por el más famoso de los economistas del siglo XX.

¿Qué hace en definitiva un hombre procedente de la bohemia más exquisita, de afectos y sexualidad heterodoxos (*privados*, habría dicho Pasolini), profundamente inseguro de su capacidad de seducción, apasionado de la filosofía y del arte, sabiamente aprovechado de sus privilegios de clase (con el fin de hacer lo que uno quiere al margen de las opiniones dominantes), a veces con prejuicios no del todo superados (cierto antisemitismo), en ocasiones con retraso en reconocer el agotamiento de lo que hoy tenemos por una nostalgia paralizante e improductiva (el ideal del nacionalismo financiero) o las *bondades* propias del Imperio británico o, incluso, del colonialismo, qué hace, digo, en los rígidos y especializados foros económicos? Estos, en buena parte, además, convencidos de haber dado con la teoría definitiva, inmunes a cualquier *detalle* que pudiese empujarles a dudar de la posición alcanzada. ¿Qué hacía, en definitiva, alguien de Bloomsbury enfrentado a Wall Street? ¿No es, acaso, de la prudente separación entre estos ámbitos que depende nuestra buena conciencia? ¿Y qué pasa si alguien se atreve a transgredirla?

Sin embargo, no es menos cierto que el fin de esta historia —como de todas, quizás sea esta su característica más genuina!— está todavía por escribir y ni siquiera los críticos más mordaces de Keynes han podido evitar, pese a su estatus, habérselas de *tragar* (crisis del 2008), aunque no haya sido suficiente para que se apearan, ni que fuese mínimamente, de los propios postulados. Son demasiadas las comodidades, los hábitos adquiridos, en definitiva, los que podrían peligrar ante un sincero ejercicio de honestidad intelectual sin concesiones. También es cierto que hay una serie de cuestiones que nos persiguen en el trabajo de Carter o —me atrevo a augurar— en los que con características similares aparezcan en el futuro. He aquí alguna de ellas. Como

ya ocurría en el libro de Skidelski, sigue siendo motivo de análisis y profundización la coincidencia, puntual y sin consecuencias históricas, pero en absoluto privada de significado, entre Keynes y O. Mosley (laborista primero, futuro líder de los fascistas británicos después), en su rechazo frente al mantenimiento del patrón-oro, defendido, en cambio, por un primer ministro socialista, R. McDonald. ¿Mera anécdota o indicio de una profunda herida de la que no nos hemos recuperado y, más bien, nos hemos limitado a soslayar? De tenerla presente, en cambio, ¿no se ve de otra manera, el precio a pagar por todas las concesiones? ¿No cobran una nueva luz los fenómenos tantas veces despachados como Populismo? ¿No hay en Keynes un buen argumento para acercarse a este último de forma diferente? En la misma línea, la actitud siempre precavida frente a Estados Unidos. Llámese Wilson (durante la Conferencia de paz de 1919), Roosevelt (en el titánico esfuerzo por superar la Depresión desde 1933), Truman (en las comprometedoras decisiones de la inmediata posguerra), ni cuando las relaciones pudieran parecer más idílicas, a Keynes le pasarán desapercibidos los intereses de la gran potencia, aun cuando, en algunos casos, incidan muy negativamente sobre los demás. Ahora bien, el obstáculo negativo que la política estadounidense pudiese tener para el viejo continente quedará siempre muy por debajo de lo que supone su “intransigencia financiera”. Con todo Keynes no podrá permitirse que ejerza de coartada para desentenderse del asunto y negar su ayuda a los hombres del *New deal* en la ofensiva que contra ellos emprenderá Wall Street y la banca Morgan. Después de todo “los accionistas de Wall Street difícilmente perdían el sueño por los beneficios generados contaminando un río en Pennsylvania o despidiendo parados en Minnesota: ellos no nadaban en los ríos ni pasaban la Navidad con los parados”.

En este sentido y más allá de Keynes, Carter no desaprovecha la ocasión —no para ningún ajuste de cuentas, ni para curarse de ninguna adhesión infantil e incondicional, sino para saber dónde estamos y de dónde venimos— de recordarnos, siguiendo los pasos del maestro, el “lado oscuro” de la participación de los EEUU en la II guerra: su tibieza en la ayuda a judíos; su desplazamiento del apoyo en los *dealers* a la burocracia de siempre; del programa de obras públicas a la conversión “de la economía del país en una monstruosa fábrica de municiones”. Veremos cómo el *keynesianismo conservador* o abiertamente *reaccionario* elevará a tendencia consolidada y permanente lo que, en principio, quizás ingenua e irresponsablemente, surgió solo como necesidad *práctica* del momento, dotando, si cabe, aún de mayor sentido las últimas y electrizantes palabras de la *Teoría general*, las cuales no dudan en hacer de los hombres que se tienen a sí mismos por *solo* prácticos, por no decir cortos de ideas, “esclavos de algún economista difunto”.

Con poco éxito, es verdad, Keynes trató de salvaguardar los intereses legítimos de su país, siempre convencido, eso sí, de estar dando el primer paso hacia una humanidad, en cualquier rincón de la Tierra, que sabe de sus derechos no menos que de sus compromisos que no puede no cumplir. Es la base de lo que se tiene, acompañado a veces de una valoración negativa, como su inquebrantable optimismo. Aunque tampoco pueda considerarse sin más un sueño infundado. De hecho, contribuyó decisivamente, convirtiendo sus ruinas en ideas genuinas de nuevo cuño, a la demolición de prejuicios que, a veces de forma ancestral, pero otras con el refrendo intelectual mucho más reciente de autores como Hobbes, Smith, Ricardo y tantos otros... incluyendo a quienes se oponían a las consecuencias políticas del pensamiento económico de estos, y habían gobernado las relaciones económicas, pero sobre todo humanas, a lo largo de milenios. La austeridad, la frugalidad y el ahorro tenidos por incondicionalmente buenos; el mercado que supuestamente habría de funcionar al margen de cualquier Estado —una “incoherencia” para él; la glorificación puritana del

castigo (contraria a las prácticas sexuales libres y desinhibidas) que hace del sufrimiento, siguiendo la orientación ideológica implícita en el patrón-oro, “el precio a pagar por el débil o el indolente”. Sin embargo, nada grande se habría hecho con estas cosas que una ética de raigambre religiosa y laica no deja de ensalzar: “la mera abstinencia no basta por sí sola para construir ciudades” dirá y, por lo que le atañe, Carter no resulta menos tajante: “no habría ningún proceso que convirtiera automáticamente el ahorro en inversión”. Respecto a las verdades, con apariencia de axiomas, contenido “indiscutible” del sentido común —y pocas lo son tanto como el “interés” para el utilitarismo en boga— Carter recurre al historicismo *serio*, no a aquel otro que retrocede avergonzado de sí mismo al menor avance de naturalismo: “en tiempos de incertidumbre el propio interés era algo imposible de determinar”. Bien mirado era el complemento de la proposición fundamental de Moore. Si este había defendido hasta la extenuación la imposibilidad de definir el Bien — que era tanto como decir: la imposibilidad de fundar la ética en ninguna metafísica; la subyacente al naturalismo, entre otras, por extendido y “normal” que este parezca, el mal, “el propio interés” —llevado a su extremo: el egoísmo— no iba a ser menos. Ni fácil de definir, ni fácil de identificar, ni menos de sostener a perpetuidad resumido en unos caracteres fijos. Imposible, en cualquier caso, mantenerlo con vida al margen de lo histórico, de la práctica inteligente esforzada en comprender. Precisamente uno de los errores que Keynes afeará a la economía clásica es que “concebía el dinero como algo estático”. Y eso es algo que el hombre moderno, culto, informado, perspicaz, sencillamente, no se puede permitir. Preciso es añadir que esto no puede confundirse con relativismo, ni con escepticismo. Es, simplemente, la salida coherente de quien ha renunciado a ignorar el peso de lo temporal y, al mismo tiempo, sabe —dicho sea, con la mayor humildad— que no hay otro recurso que la comprensión, conscientes de que su profundización acarrea nuevos enigmas, nuevos retos y, al mismo tiempo, no hay ninguna gruta edénica (como el muy extendido desprecio de la política) a la que huir para guarnecerse del peligro. Es por eso que no ha de extrañarnos que el acusado de inflacionista resulte en realidad, mirado sin prejuicios y consultando biografías serias y no a divulgadores y activistas, un luchador incansable contra el aumento de los precios; ni de que, llegado el caso —especialmente contra el mantra actual que hace de la globalización poco menos que un hecho natural— no dude en apelar al “nacionalismo económico [...] para combatir el comportamiento depredador de la economía internacional”.

2. AL OTRO LADO DEL ATLÁNTICO. Ahora bien, cuando la obra de Carter adopta mayores retos y produce mayor innovación es al ocuparse de lo ocurrido *después* de Keynes. El baile de disfraces, el intercambio de compañeros, la tentación, por tanto, de ceder al nihilismo por parte del estudioso, es tan potente que exige un verdadero esfuerzo de síntesis aclaratoria que, sin embargo, evite caer en una mera yuxtaposición de puntos de vista. Intentemos, aun a riesgo de excedernos, registrar las entradas de los actores en este vodevil en que es posible que al final nada sea lo que parecía en principio y en que, además, algunos de ellos, como Samuelson y Galbraith, están destinados a una presencia continuada.

Con todo —ieso sí!— tras sorprender al lector no especialista con el alto gasto público, superior al de la era Roosevelt, y bajo nivel de paro en época Eisenhower, el desfile en EEUU, en principio, se abrió con clásicos y previsibles ataques conservadores a la *Teoría general*, como los de Ralph Blodgett que consideraba como solo “aparentemente inocentes” cosas como el “pleno empleo”, la “seguridad social” y un “aumento de los salarios mínimos” —vistos por él como encaminados a la “destrucción” del sistema económico estadounidense. Con el tiempo, este tipo de

argumento se vería reforzado por quien se había de convertir en los años 60 en el más mordaz e implacable de los críticos de Keynes: Milton Friedman. Éste, en efecto, defendió, como muestra de sus pies en la tierra, la necesidad de una “tasa natural de paro” que venía a desautorizar lo que los grandes impulsores del keynesianismo “moderado”, Samuelson y Solow en cabeza, habían hecho suyo como prueba concluyente, ¡también! de su realismo, con el fin de limar las suspicacias del *establishment* financiero y empresarial para con el original: *la curva de Phillips*, o si se quiere, la relación inversa y de dependencia entre la inflación y el paro —que, al ser desmentida, al volverse no inversa, sino directa, daría lugar a la *Estanflación* (aumento simultáneo de la inflación y del desempleo).

El razonamiento —digamos— técnico, podía, también, confluir con otro más ideológico como el de Buckley, que en su *God and Man at Yale* (1951) se constituyó en portavoz de una corriente de catolicismo reaccionario escandalizado por el “protestantismo”, “ateísmo”, “colectivismo” y “libertad académica” hegemónicos, según él, en Yale. Haciendo responsable último de todo ello al “socialismo” nacido del keynesianismo “comunista”. A lo que añadía una buena dosis de xenofobia: “la Norteamérica negra genéticamente incapacitada para la democracia”, haciendo de este fenómeno algo más que una rareza en el conjunto de una nación que, en general, parecía funcionar. También este punto tendría su continuidad en el Friedman de los 60, el del apoyo a Barry Goldwater, el del distanciamiento respecto a las leyes de derechos civiles (mientras que su maestro F. Hayek las apoyaba); el negador del voto para los negros sudafricanos en 1976; el de la vinculación de la libertad política con la económica (cosa que Keynes no habría desmentido), reconociendo la superioridad de la segunda y en la que se basaría para justificar la participación de sus *Chicago boys* en los planes económicos de Pinochet, siempre convencido de que la anticipación de la libertad de comercio no regulado sobre la democracia, a la larga, beneficia a esta última.

En cualquier caso, el proceso que condujo a tan vistosa conclusión empezó mucho antes, en Europa y de forma mucho menos mediática y mucho más académica. En el principio fueron los austriacos Mises y Hayek los primeros en levantar el hacha de guerra contra Keynes, en nombre de la libertad e imbuidos por el temor frente al supuesto poder omnívoro del Estado interventor y metomentado. Desde tiempo atrás venían anunciando un giro decisivo en el enunciado de los pilares del liberalismo (o de su peculiar defensa de la libertad). A sus ojos, hasta el mismo A. Smith resultaba demasiado tibio, pues nunca “había apoyado incondicionalmente el *laissez-faire*” además de no decir nada —según Mises— acerca del “reto comunista”. Tampoco a M. Friedman le gustaba de Smith “su entusiasmo por los proyectos de obras y educación pública”. Frente a esta tendencia, en cambio, se situaba Keynes, para quien ni siquiera “estaba claro qué habrían pensado Ricardo o Stuart Mill acerca de los problemas de posguerra”. Se estaba frente a una auténtica ofensiva por dotar a la nueva propuesta conservadora de bases intelectuales sólidas y, hasta cierto punto, ilustradas. Con cierta frecuencia, sus defensores apelaban a Locke, Hume, Smith (este último con reservas) y, sobre todo, al más firme defensor “del mantenimiento del orden y la tradición”, de no cambiar en definitiva lo que, mal que bien funciona, temeroso en esencia frente a las “bondades” de cualquier novedad: E. Burke. Ahora bien, ser un conservador no convierte a uno en partidario de la “revolución conservadora”, porque un conservador —al menos en el sentido que lo fue Burke— teme a *cualquier* revolución. Y, sin embargo, era esto último lo que apuntaba en el horizonte que, iniciado por los nombres citados, acabaría por imponerse en la era de Ronald Reagan.

3. FILÓSOFO. Con notorios desencuentros entre los impulsores y no menos significativos retrocesos respecto a Keynes entre los atacados, que aun habiendo comenzado el declive de su hegemonía con anterioridad, vieron hasta qué punto, con la guerra fría y el *maccarthysmo*, su situación se tambaleaba muy seriamente. Había motivos intelectuales de fondo. Keynes siempre hizo prevalecer el peso de la Historia; el azar y la incertidumbre acerca del futuro, las *ideas*, la palabra y el arte, Moore y Malthus —sobre la Economía matematizante, la cuantificación, el determinismo y Ricardo. Los dos grandes biógrafos hasta la fecha coinciden: tuviese más o menos repercusión en ese sentido, siempre se quiso un filósofo. Sin embargo, fue justo este elemento, lo que primero sucumbió en el viaje al otro lado del Atlántico. En efecto fueron Hicks, poco después de la publicación de la *Teoría general*, Hanson y, sobre todo, Samuelson (autor de un manual universitario célebre en todo el mundo durante décadas), quienes insistieron en el elemento “útil” por lo que hacía a predicciones y “científico”, a destacar en el keynesianismo. Había, pues, comenzado la caída de la piedra angular filosófica que dotaba de coherencia al conjunto. Lo que quedaba en pie, un puñado de medidas —“las terapias fiscales y las agendas de estímulo”— hoy tenidas por inequívocamente keynesianas y, en cuanto *solo* eso, siempre expuestas de forma vulnerable a que el contrincante pueda vapulearlas sin contemplación. Meras “técnicas” que nada impide que sucumban a otras técnicas de signo contrario: intervencionismo o liberalismo, ayuda estatal o vista gorda ante los desmanes de los inversores; en el fondo, se quiera o no, dos modelos antropológicos: el egoísta impenitente o el hombre potencialmente bueno deseoso de mejora en su cultura y sus relaciones. Como si fuese imposible superar ese debate y conducir nuestra inteligencia a otro nivel de sinceridad. Por mucho que los economistas consideren que esto último cae fuera de su competencia, sin ello, sin el elemento *Moore*, asumido en su juventud, se mutila a Keynes. De hecho, si nos vemos encerrados en ese patio, sin posibilidad de saltar sus vallas y escapar, se ha producido ya la mayor victoria sobre Keynes: la conversión de lo que debería haber seguido siendo motivo de debate fluctuante, en *hecho*, cosa, realidad inmodificable previa a cualquier historia.

Fueron los nombres citados los que abrieron una profunda brecha entre la versión *Cambridge* original de la teoría y su “adaptación” a la realidad americana, arguyendo estos últimos los derechos de la cuantificación matemática, con las miras puestas en una reformulación que la hiciese compatible “con los economistas clásicos conservadores” —lo que despertaría algo más que desconfianza y recelo en quienes como Joan Robinson o Richard Kahn habían estado, como discípulos aventajados, en el origen de la *Teoría*. Ella no dudó en decir que se trataba de “un retorno a las doctrinas pre-keynesianas”. Quien, sin embargo, se llevaría la peor parte de críticas académicas, empresariales y políticas, inseparables, quizás, de su difusión y popularidad durante muchos períodos de su larga vida, fue John Kenneth Galbraith. Antes de continuar, sin embargo, preciso es decir que en estas “concesiones” americanas, sobre el cuerpo original de la *Teoría general*, se encontraran a la larga los fundamentos de lo que iba a ser el keynesianismo conservador o, incluso, reaccionario, su valor práctico para impulsar la producción militar (como Keynes ya había comprendido que hacía Hjalmar Schacht en Alemania desde antes de la guerra) —que alcanza uno de sus momentos culminantes cuando Richard Nixon dice en 1971: “ahora soy keynesiano [...]” isobre el trasfondo de la Guerra del Vietnam! El trayecto, con todo, es sinuoso, sutil y, a la postre, sorprendente— como solo puede sentirlo quien dispone de una mirada histórica y algo más que científica en el sentido corriente, naturalista y estático del término. Vaya por adelantado que esta está lejos de ser una historia de buenos y malos, de simpatías y antipatías desde el fondo del corazón. Es, en sentido bien diferente, la exposición de la fábula de cómo lo tenido por bueno y útil

en un momento determinado, acuciados por la necesidad de dar respuesta a problemas prácticos, puede, andado el tiempo —agotado su tiempo— convertirse en una pesadilla o, aún peor, en la mejor de las armas que pudiera pensarse en manos del enemigo.

4. JOHN KENNETH GALBRAITH. Galbraith estaba comprometido con el New Deal desde 1934 y, más concretamente, trabajaba en la OPA (Oficina para la administración de precios), creada para el control de la inflación y contra la subida descontrolada de precios, justo para evitar los problemas suscitados en tiempos de la I guerra. Hacia 1943, sin embargo, a los ojos de conservadores y cierto importante sector de empresarios, financieros e inversionistas, Galbraith había quedado perfectamente desprotegido. Para muchos de ellos, había pasado a ser “un burócrata que reducía los beneficios empresariales en aras de la victoria”, pareciendo que cuando más cerca estaba esta, más debía menguar su ascendencia sobre los sectores mencionados. Además, no solo él, sino también aquellos que, como Samuelson, habían apostado por una mayor “flexibilidad” de su keynesianismo importado (y reformado), tuvieron que enfrentarse en estos primeros años de Guerra fría a la abierta hostilidad de la Universidad. Era un tiempo en que el “trapo rojo” cubría por igual, a los ojos de los difamadores, a keynesianos y a comunistas.

Este es el contexto en que surge el libro de Galbraith de 1953, *Capitalismo americano*, el más próximo a las posiciones de los keynesianos *americanos* y, en consecuencia, detestado por quienes como J. Robinson, lo consideraban simple y llanamente una traición. Por el otro lado, sin embargo, su extrema contención no impedía que Galbraith fuese el mayor blanco de odio de los *mccarthistas* y de Edgar Hoover —lo que no es sino una de las primeras pistas falsas, callejones sin salida, alianzas y rupturas imprevistas, a las que el lector tendrá que acostumbrarse para entender algo de lo que estaba por llegar y que Carter admirablemente registra. El libro buscaba abiertamente la simpatía del empresariado y no la de la izquierda —“un tributo disfrazado de crítica”— y defendía enfáticamente a la competencia y a las grandes empresas para la obtención de ventajas sociales, incluyendo mejores salarios, donde Keynes, sin duda, había apostado por un objetivo más ambicioso: la liberación progresiva del trabajo mismo. Para completar la estrategia de apropiación y la legitimidad de su lectura, no faltaba la apelación al “conservadurismo ilustrado” que, tal como hemos visto, había sido ya un motivo recurrente, de los *austriacos* en particular —Mises y Hayek—, para oponerle a Keynes su propia pertenencia a la modernidad y su clara diferenciación respecto a cualquier totalitarismo reaccionario, no solo el bolchevique.

Robinson criticaría el libro por su pretensión de “volver al *laissez-faire*”. Lo cual, por sí solo, pudiera haber sido atribuido a un mero enfado ideológico, un ejemplo de la envidia propia del perdedor, dado, además, el hecho probado de que la administración republicana no solo no había renunciado al modelo keynesiano en lo social (aunque se cuidase de nombrar al inspirador) sino que había aumentado el gasto social considerablemente respecto a la administración demócrata de Roosevelt y de Truman. ¿No estaban, pues, pese a todas las críticas de los “puristas” ideológicos, provistos del intelectualismo europeo tan antipático a la mentalidad media americana, madurando las condiciones para la adopción de un keynesianismo meramente “técnico”, no filosófico, destinado a cobrar un protagonismo decisivo en las décadas siguientes?

Y era en este punto que, caso de prestarle atención y usar la capacidad racional, tan kantiana, de anticiparse a los acontecimientos, la respuesta de Robinson no podía descartarse tan fácilmente, pues, al contrario de en lo que llamaban la “teoría

convencional” (o, en general, en el conjunto de la economía pre-keynesiana), el problema ya no venía determinado por la *escasez* (o la *rareza*), ni su solución pasaba necesariamente por el aumento de la producción a toda costa. Era preciso llevar la mirada en dirección a los mecanismos del poder, a la política, a la palabra, a las ideas. “Samuelson y sus discípulos creían que los beneficios corporativos se derivaban de la productividad [...] Robinson en cambio [...] que eran el resultado de una lucha de poder entre los propietarios, directivos y trabajadores”. A este planteamiento claramente “literario”, había que añadir, casi como si se tratara de una embajadora de Hegel o de Bergson en un territorio tradicionalmente hostil, el económico, su desconfianza hacia el matematismo estabilizante, más que nada por el carácter excluyente de la historia que conlleva. Para Robinson, los keynesianos americanos “eliminaban toda intervención humana en la adopción de las decisiones económicas”, descansaban en exceso en “viejas ideas clásicas como la de ‘equilibrio general’” que, además, contravenían el intento, que no dejaba de ser histórico en esencia, de vincular aumento de la productividad con aumento de salarios, en un alarde de diseño que aunase matemáticas con ilusión. A ello, Robinson respondía: “En un mundo que siempre está en equilibrio no hay diferencia entre el futuro y el pasado. No hay historia y no hay necesidad de Keynes”. Ese mundo habría olvidado las advertencias de este último acerca “de la inestabilidad de los mercados financieros y la incerteza de las expectativas sobre el futuro”. En un texto clave sobre el que tendremos que volver,¹ la autora insistía de forma aún más contundente: “la diferencia entre el futuro y el pasado ha sido eliminada a base de hacer ‘maleable’ el capital, de modo que siempre es posible rectificar los errores y el equilibrio está garantizado... Simons tenía razón. Basta una simple maniobra para suprimir el tiempo, ponerle sordina a Keynes, ignorar a Kalecki y volver a entronizar la teoría del equilibrio”. Y por si alguien dudase de la nula intención de Robinson por situarse bajo el cómodo paraguas de la tecnocracia, el gremialismo y el academicismo, relegar la política a un lugar subsidiario, permitía que un Samuelson se definiese como “un insulso centrista”, mientras que ella nunca dejaría de mostrarse crítica con el imperialismo americano, el capitalismo y, hasta el fin de sus días en 1983, se definiría como “keynesiana de izquierdas”.

5. *AFFLUENT SOCIETY*. Y es la sombra de su compañera de Cambridge a finales de los años 30, la que condiciona el trayecto, abiertamente contrastante con el anterior, que lleva al libro de Galbraith de 1958, quizás el mayor *best-seller* económico del siglo: *La sociedad opulenta*. Un libro “simpático”, popular, cuyo keynesianismo es más el de *Las posibilidades económicas de nuestros nietos* que el de la *Teoría general*. Que se lamenta de ver cómo la desesperación de la Gran depresión ha sido sustituida por un consumismo desenfrenado y un conformismo al alza y que osa cuestionar el poder equilibrador tradicionalmente asignado al mercado. En el libro, además, abundan los pasajes, más bien extraños en una obra de carácter estrictamente “técnico” como quiere ser la economía, pictóricos, efectistas, literariamente hablando, como aquel que describe a la familia propietaria de un coche todo confort que, sin embargo, tiene que viajar por carreteras descuidadas y un paisaje devorado por las vallas publicitarias. ¿Quién no ve aquí una escena de Edward Hopper? También se saltaba con mucho el límite de lo convencionalmente admitido, al tender puentes entre el problema de la vivienda y el de la educación —por poner otro ejemplo. Lo cual, paradójicamente, hacía a los ojos de los “especialistas” como Samuelson o Solow, que la obra incurriese

¹ J. ROBINSON, ‘La segunda crisis de la teoría económica’, conferencia pronunciada en New Orleans el 27-XII-71, en una reunión de la American economic association, presidida por J.K. Galbraith, en *Ensayos críticos*, Orbis, 1984.

abiertamente en el “moralismo acientífico”, mientras ellos, el primero especialmente, se habían impuesto desde siempre “purgar la economía de contenido moral”, descansar sobre la matemática y no perder de vista lo “evidente” de los mercados. Mientras que, en sentido opuesto, Galbraith disfrutaba con “conceptos lingüísticos y teoría social” y de los mercados, sencillamente: no se fiaba. Jugaba en su contra cierta arrogancia de su carácter y la proyección mediática que alcanzaría, frente a la humildad y contención de Samuelson, aliadas de la expresión estrictamente matemática. Galbraith, en cambio, fue siempre más comedido en la valoración de la función de éstas en la comprensión de la economía, aunque en 1996 declaró que “como el herpes, habían venido para quedarse”. En el fondo era todo el sentido, o no, de la transmisión de la cultura, quizás no del todo afortunadamente llamada “humanista”, lo que estaba en juego.

En la trayectoria de Galbraith, a este libro siguió su decidida participación en *Camelot*: desde antes incluso de la Casa Blanca, intentando ganar al ala izquierda del partido demócrata y a los intelectuales para Kennedy (derrotado todavía en su aspiración a la nominación de 1956, por Adlai Stevenson, apoyado por la, entonces, muy carismática E. Roosevelt). (Y eso, aun cuando la familia Kennedy había mantenido largas relaciones de amistad con McCarthy). La aventura, sin embargo, iba a ser tan mediática y hoy legendaria en la forma, como ambigua en los contenidos. Durante la presidencia más proclive al asesoramiento por parte de intelectuales, paralelo, quizás, al rechazo de los políticos “profesionales” (cosa difícil de entender cuando se proviene de una familia como la del presidente) se dio, según el historiador Arthur Schlesinger Jr., “una auténtica guerra de guerrillas en apoyo del sector público”, acompañada de desencuentros notorios con el empresariado, por un lado; por otro, con representantes del ala izquierda del partido como el senador por Tennessee: Albert Gore Sr.. En el fondo, la *gran ilusión* de contentar a la vez a tirios y a troyanos, es decir, introducir medidas de fuerte contenido social sin descuidar la reducción de impuestos. El sueño de considerarse a sí mismos los mejores tecnócratas, capaces de conseguir de forma relativamente indolora lo que los contrincantes (republicanos en este caso) no habían alcanzado ni con medidas más impactantes. Contando, además —“cosas de la política” dirían muchos— que la oposición entre ambos bloques políticos tenía algo de artificioso desde el momento que, en la práctica al menos, la era Eisenhower había estado lejos de renunciar al keynesianismo. Galbraith tuvo que resignarse a ver cómo Keynes en manos de sus representantes políticos pasaba de ser “teórico de la guerra y de la paz” a simple “terapeuta fiscal”. En un contexto en que la guerra del Vietnam se estaba sobreponiendo a la guerra fría, su respuesta fue la de un corrimiento a la izquierda que le llevó a acusar a la reducción de impuestos Kennedy-Johnson de “keynesianismo reaccionario” y al presidente a enviarlo como embajador a la India, con el fin evidente de debilitar el poder de sus críticas y su influencia política. Había comenzado para él un largo declive en que se combinaría cierta simpatía por su figura con un creciente desprestigio como economista profesional. Con él iba también en buena medida la suerte que el keynesianismo iba a correr en los próximos decenios. Se entraba en un tiempo en que la muchas veces estúpidamente celebrada caída del peso ideológico en los asuntos políticos daría paso a una estrategia generalizada que haría que a nadie, de derecha o de izquierda, importase demasiado el hecho de apropiarse de lo que, para los intelectualmente retrasados, en relación con la velocidad y osadía de los acontecimientos, todavía era patrimonio del adversario. Keynesianos reaccionarios, sí; pero, también, social-liberales, liberales (en lo económico) y autoritarios (en lo social) [...] la combinatoria puede ser inabarcable [...] en tanto que, por nuestra parte, no nos apartemos del Norte político, hipócritamente tenido por inesencial y

prescindible, por buena parte de quienes controlan la comunicación y, no digamos, de una clase política tan poco leída e ignorante —y aún menos “dudada”— como oportunista y cortoplacista.

6. JOAN ROBINSON. Antes de entrar en este baile de disfraces tecnocrático, en que lo que importa ante todo es el mantenimiento en el poder y el medio no es otro que la ocultación de esa misma intención tras las supuestas leyes matemáticas o naturales, conviene detenerse, otra vez, en algunas afirmaciones del texto de Robinson, por lo que tiene de canto de cisne al fin de una época y de primado de un discurso, incluso por parte de quienes lo criticaron desde fecha temprana con más fundamento de lo que lo hacen los propagandistas actuales; y, por otra de un futuro, nuestro presente, que aun con toda la prevención imaginable, no podía permitirse no tomarlas en consideración. Decía:

El mundo anterior a 1914 representaba la normalidad a la que todos deberían desear volver. Naturalmente se trataba de una ilusión. La historia no tiene períodos normales. La normalidad es una ficción de manuales de economía... Pero el mundo no existe en un estado de normalidad. Si el mundo del siglo XIX hubiese sido normal, no se hubiera producido un 1914.

Esta clarividencia con la que denunciaba la “normalidad” y el “equilibrio” debido a la actividad “ecuaníme” de los mercados, era la misma con la que respondía a aquellos que reducían el keynesianismo a sinónimo de despilfarro, “buenismo” e inutilidad: “Keynes no *quería* que nadie se pusiese a cavar zanjas para llenarlas otra vez” —decía. Ni menos se le escapaba la manera perversa con que el keynesianismo podía ser utilizado, al ser reclamado como fundamento teórico del refuerzo sin precedentes del complejo militar-industrial:

Los llamamientos keynesianos convencieron a los sucesivos presidentes de que un déficit presupuestario no tenía nada de malo y permitieron que el complejo militar-industrial se aprovechara de ello. De este modo, el agradable ensueño de Keynes se ha convertido en una horrible pesadilla.

Como prueba del largo futuro que esperaba a lo denunciado por Robinson, basta recordar el déficit con que acabó la presidencia de Reagan, lo que no impidió que su vicepresidente ganase las elecciones. Lo cual podría servir —caso de que se estuviese dispuesto a admitirle siquiera una al rival— para demostrar que no siempre lo económico está en el fundamento. Que *alguna* vez lo ocupa la política. En cualquier caso venía por delante un largo período en que discursos como el de Robinson, erigida en una heredera del keynesianismo filosófico e izquierdista, quedarían relegados a la penumbra de la academia y ortodoxia económicas, ni serían alcanzados en su radicalidad, ni siquiera hoy, por aquellos discípulos de Samuelson, como Krugman o Stieglitz, las voces más conocidas contra la ortodoxia con motivo de la crisis del 2008, aunque, paralelamente, no hubiesen mostrado un gran aprecio por el más famoso de los keynesianos de la generación anterior.

¿Qué industria, qué línea de producción, registra en su contabilidad los verdaderos costes sociales de la actividad? ¿Dónde está el sistema de fijación de precios que ofrezca al consumidor una libre opción entre respirar aire puro y conducir automóviles? Los economistas fueron los últimos en advertir lo que está pasando y, después de aceptarlo finalmente, se las arreglaron para volver a silenciarlo. Continuó el predominio absoluto del *laissez-faire* y la soberanía del consumidor [...].

En la versión que ofrece de este pasaje Carter, aun sin comillas, atribuye a Robinson una frase, ausente en la traducción española, todavía más impactante: “¿cómo podía establecer nadie un precio apropiado para inundar de cáncer una comunidad?”. Se estaba a muy pocos años del famoso informe del Club de Roma, pero ni el prestigio de los sabios iba a cambiar el rumbo adoptado, el “coro universal de alabanzas al *crecimiento*” tal como Robinson lo calificaba. Y eso que ella reconocía, por lo menos en lo que concernía a los USA, aun con los límites de la reforma Johnson y a pesar de la reducción de impuestos, que la economía había recibido un impulso innegable. En el primer año de Kennedy, el paro había descendido del 7,1% al 3,8 %, la inflación se había mantenido siempre por debajo del 3%. En 1965 y 1966, la economía había crecido un 6,5%, la mejor cifra desde la guerra de Corea en 1950-1. Los keynesianos de la era Kennedy-Johnson, parecían “invencibles”.

6. MILTON FRIEDMAN. La respuesta más extrema que pudiesen imaginar había de llegar de la mano de Friedman. Y lo fue tanto que, incluso, ni que fuese transitoriamente, hizo que críticas “clásicas” de conservadores anti-Keynes en su momento, se viesen desplazadas hacia una posición menor de influencia. La desconfianza hacia el carácter hegemónico de las matemáticas y su rendición ante el carácter imprevisible de la historia y del futuro, sin ir más lejos, estaba en ellos tanto como en quien había sido rival en su propio tiempo: Keynes, y, en cambio los “modernos” Samuelson y Friedman (por otras razones, no menos rivales entre sí) sostenían exactamente lo contrario, fuese cual fuese la cantidad y profundidad de sus discrepancias. Al segundo, además, cabe el mérito de haber comenzado su crítica radical al keynesianismo institucional en fecha temprana, en la segunda mitad de los años 60, cuando este todavía gozaba de un prestigio casi unánime. A lo que habría que añadir su advertencia del fallo concerniente a la curva de Phillips, la joya de la corona del keynesianismo reformado o *a la americana*. Ahora, aumento de la inflación y aumento del desempleo, podían darse simultáneamente. Había dejado de regir la máxima según la cual la inflación favorecía al empleo. Ya no había necesariamente disyuntiva: ambos males podían darse a la vez. Friedman abogaba por el abandono de toda esperanza de ver crecer el empleo siendo flexibles con la inflación. Eso hacía que lo realmente importante para él se situase en los debates acerca del precio del dinero. Tal como hemos dicho, en el otro extremo, el “dinero barato” formaba parte del Keynes más genuino. Friedman, en cambio, de modo exagerado, sostenía que para Keynes “el dinero no importaba”. En cualquier caso, esto formaba parte de una estrategia, de mucho mayor alcance, en que la verdad “completa” era lo de menos, su lugar lo ocupaban las medias verdades interesadamente utilizadas. Se podía ser *keynesiano* y asegurarse los recursos humanos —como se dice ahora— destinados a la Guerra del Vietnam, tal como hicieron varios presidentes de diferente color político. Se había abierto la guerra de todos contra todos, a la par que la posible alianza puntual con cualquiera. Hayek podía permitirse desconfiar a la vez de Keynes y de Friedman. Del primero —adivino— porque no tocaba con los pies en el suelo, del segundo —tal como hemos visto— temía su matematismo, no tanto en el sentido específico —que rayaría el absurdo en tanto que incredulidad frente a la verdad matemática— como en general producto meramente diseñado, deliberadamente ignorante del peso del azar y de lo histórico en las muchas veces desorientadas vidas humanas. “Para alguien como él, que creía que había que dejar que las depresiones se extinguieran por sí solas, incluso la terapia monetaria (la receta de Friedman) era peligrosa”.

7. PERDER (SOLO) UNA BATALLA. Frente a estos dos motivos de atracción, le tienta a uno invertir el hábito de sabio cauto que no se casa con nadie, por mucho que los demás le

adscriban a una u otra etiqueta. La lista de posibles combinatorias, como decíamos, se hizo inabarcable. Nixon podía apelar a Keynes —¡incluso abandonar el patrón oro! como Keynes propugnaba en 1925, solo que a principios de los 70— para acabar contemplando como la curva de Phillips se iba al traste. Lo cual, por sí solo debería poner en guardia contra el papel hegemónico concedido por parte de algunos a los diseños matematizantes, externos al curso histórico. La respuesta, en este caso de Galbraith resultaba menos lúcida: negar a Keynes para combatir a Nixon, y, quizás como consecuencia, el partido demócrata verse en la obligación de expulsar a los keynesianos. Por otra parte, al dejar en manos del presidente esa cosa llamada keynesianismo conservador o abiertamente reaccionario, sustento del militarismo, no faltaron los demócratas conservadores que, perplejos y boquiabiertos, se preguntaban si Nixon no estaría en lo cierto y les estaría impartiendo una lección a todos. De hecho cuando Carter llegó a la presidencia en 1977, el eufemismo de moda era “desregulación” tanto como, al menos por un tiempo, atraer la simpatía de gente, por otra parte tan diferente entre sí y tan situada en el ala izquierda del partido demócrata, como Ted Kennedy, o el ecologista Ralph Nader, dado que lo contrario, la “regulación”, iba inevitablemente unido a lo que se había impuesto unilateralmente como “keynesianismo”, asociado además, en algunos casos, a abusos propios de ciertos estamentos, como las grandes corporaciones más o menos protegidas por el Estado, o —por extraña que pueda parecer la coincidencia coyuntural— como los sindicatos, extralimitados en sus funciones y ejerciendo descaradamente como *lobby* (recordemos el caso de J. Hoffa, por el que se han interesado directores como Danny de Vito o M. Scorsese).

Años después sería durante la presidencia de otro demócrata, Bill Clinton, que culminaba lo que había venido gestándose desde Carter y Reagan: la derogación de la iniciativa legislativa Glass-Steagall de 1933 que “había prohibido a los bancos que aceptaban depósitos dedicarse también a las transacciones bursátiles”. Eran los tiempos, tal como lo recoge Josep Fontana, de la “Ley de modernización de los servicios financieros” y en ella se derogaba aquella otra que había prohibido que «un banco actuase a la vez como banca de inversión o como banco asegurador: esto es, que los bancos usasen los ahorros de sus clientes para especular», sin renunciar a citar la muy amarga sentencia del otro gran biógrafo al menos hasta la fecha, de Keynes: “Nunca en la historia de las finanzas se había otorgado un espacio tan grande a la codicia” (Skidelski).² Está de más decir, por otra parte, cómo esta actitud estaba destinada a trascender no poco los límites de su nación de origen. Desde la elección por parte de los presidentes de gobiernos de determinados perfiles para ostentar la máxima responsabilidad en la materia (que no favoreció precisamente a los keynesianos clásicos, sino a quienes sintonizaban cada vez más con los postulados del neoliberalismo, distanciándose abiertamente de los primeros) a la promoción de las *preferentes*, de triste recuerdo —todo ello, llevaba el sello de la deriva ferozmente anti-Keynes adoptada en los EEUU.

Este libro es, pues, una ocasión única para constatar hasta qué punto el sueño de la razón puede producir monstruos, es decir, extraños combinados de ideas que, ayudadas por sus *alas*, arrancadas de un contexto *arquitectónico* (si se me permite echar mano de metáforas kantianas), separadas de sus socios naturales, no se sabe qué pueden dar de sí y en qué puedan desembocar. A esta situación podría convenir particularmente lo que decía M. Foucault en 1979: “La economía es una disciplina

² J. FONTANA, *Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945*, Pasado&Presente, Barcelona, 2011, p 933.

atea; es una disciplina sin Dios; es una disciplina sin totalidad [...]”³ —lo que es tanto como decir: una disciplina a la que solo una filosofía que mantenga viva la idea de Totalidad, que no haya renunciado a ella, puede plantar cara.

Y lo más curioso, llegados al final de esta historia, es que ninguno de los impulsores, los de primera hora al menos, se sintieron representados en lo que, al fin y al cabo, debería poder apreciarse como resultados prácticos de sus ideas. Hemos visto cómo los keynesianos de Cambridge recelaban de los del otro lado del Atlántico, pero, andado el tiempo, tampoco Friedman se iba a reconocer en el fabuloso déficit herencia de Reagan. Si todos hubiesen tenido un poco más de humildad, la cosa habría servido, como mínimo, para constatar hasta qué punto, aunque fuese por una vía imprevista, pese a todo, la política y la historia se imponen a la economía, y no al revés. Pero había demasiado narcisismo y orgullo heridos, intereses académicos departamentales y gremiales. Lo único que cabía esperar era el recrudescimiento, a peor, de las posiciones. Si Hayek criticaba a la democracia por asfixiar al liberalismo, Robinson no se iba a quedar atrás, en la carrera de despropósitos, elogiando tanto al régimen norcoreano como a la Revolución cultural china. Nadie es lo suficientemente dueño de sí mismo para poder asegurar que, entre la espada y la pared, no vaya a cometer y decir despropósitos. En distancia corta, pudo pensarse, al menos hasta la crisis del 2008, que Keynes había sido derrotado. Después... ya se sabe: tanto puede decirse que, con la administración Obama se dio cierta recuperación, como aventurado resulta descansar en el proverbial optimismo (y “buenismo”) keynesiano que no fue, durante toda su vida y aún más en su proyección posterior, sino el resultado de la crítica al utilitarismo y “eficientismo” derivada de la sincera y sólida asunción de la ética de Moore, con el fin de contrapesar el poder del mercado, la atracción que vuelven a ejercer los autoritarismos caudillistas y los populismos, la indiferencia de las masas por los valores estéticos y morales — estos últimos para Keynes siempre constituyeron lo esencial. Lo más acertado sería decir que la balanza está lejos de decantarse hacia uno u otro lado y que, además, nunca lo hará. No hay mayor “zasca” contra el matematismo (determinismo) dogmático. Ni mayor —pese a todo— evidencia del peso de la historia. Esto puede enunciarse de muchas maneras, muchas radicales y sugerentes. Una de ellas como lo hacía E. Severino en el frontispicio de una de sus últimas obras: “La Historia precede y continúa la muerte. Aparece en el interior de la Alegría de la totalidad de los eternos: en el interior del Infinito que va mostrándose en la Historia y que, inagotable, hace posible el desplegarse infinito” contando que se trata de la consecuencia lógica de lo que inmediatamente antes dice de manera contundente: “[...] solo los eternos tienen Historia. Que no se acaba con su muerte. Solo ellos pueden morir. Incluso, es con la muerte de los eternos que en el interior de su Historia se muestra la Alegría”.⁴ Se objetará que este no es el lenguaje de la economía, pero, después de todo, son muchos los motivos que permiten pensar que Keynes fue economista solo por accidente. Y que quienes pretenden continuar su legado, se equivocan si lo olvidan. Los filósofos hablamos así, quizás bordeando siempre la pedantería, debido a la vocación irreprimible de amplitud y totalidad. No somos, precisamente, *ninguno de nosotros* “ateos” en el sentido de Foucault. Desde luego puede hacerse de manera más simple y no menos efectiva, aunque sí —todo hay que decirlo— dejando escapar, quizás, cierta, oportunidad de evaluar la trascendencia de lo que está en juego. Lo hacía Gore Vidal al final de su novela retrato de una época que debía —en sus luces y no tanto en sus sombras— tanto a Keynes como el *New deal*,

³ M. FOUCAULT, ‘Clase del 28-III-1979’, *El nacimiento de la biopolítica*, trad. de Horacio Pons, Akal, 2009, p 281.

⁴ E. SEVERINO *Storia, gioia*, Milano, Adelphi, 2016.

Washington D.C.: “[...] puesto que el cambio es la naturaleza de la vida, y su esperanza”. Quizás una vía intermedia, tan plausible como las otras para llegar convicciones similares, la constituyan las últimas palabras de este magnífico trabajo: “[...] no tenemos ningún lugar a donde ir salvo al futuro. A la larga todos estaremos muertos. Pero a la larga casi todo es posible”.

Francesc Morató